

mientras no mueran los titulares que hay en la actualidad, y deje de concederse nuevas condecoraciones. Por último, respecto al ensanche futuro del gran ducado de Varsovia, no puedo imponerme la obligación de que no lo recibirá sin que esta obligación sea recíproca, sin que Rusia se comprometa á no añadir á sus estados ninguna porción separada de las provincias polacas. Bajo estas bases, añadia Napoleón, podré consentir en un convenio, pero no puedo admitir otras.»

En su consecuencia mandó redactar un nuevo texto conforme á las observaciones que acabamos de referir, y dispuso lo enviase sin demora Mr. de Champagny. Era evidente que todo esto debía ser mas tarde ó mas temprano el fin de la alianza y el origen de una reuerta fatal.

No se limitó Napoleón á romper con una de las potencias entre quienes habia fluctuado, sino que quiso aquel mismo dia contraer relaciones con la otra. El gobierno no habia cesado de mantener relaciones secretas por medio de Mr. de Laborde con Mr. de Schwarzenberg, y sabia que respondiendo su córte á las preguntas que le hizo, no solo habia autorizado á éste á aceptar cualquiera oferta de matrimonio, sino á hacer lo que pudiera sin comprometer la dignidad del emperador Francisco, para decidir la eleccion de Napoleón en favor de una archiduquesa. Preguntósele, pues, la tarde del 6 de febrero, si estaba pronto á firmar un contrato matrimonial, y habiendo contestado que sí, se entendieron los artículos, citándosele en las Tuñlerias para el dia siguiente 7. Precipitándolo siempre todo Napoleón, convocó de nuevo el consejo de grandes dignatarios, les sometió definitivamente

la cuestion, pero solo por forma, puesto que habia tomado su partido, y lo dispuso todo para que á la mañana siguiente quedase ligada su suerte de un modo definitivo á la de la archiduquesa de Austria.

Al dia siguiente, en efecto, se ejecutó su voluntad sin descansar un punto, sacándose por mandato suyo de los archivos de Negocios extranjeros el contrato matrimonial de Maria Antonieta, y reproduciéndolo exactamente al estender el suyo, escepto algunas diferencias en el lenguaje que le pareció exigian la época y su dignidad. Asi no quiso se hiciese mención de dote, ni de nada que tuviese por objeto asegurar la entrega, y resolvió que todo llevase el sello de su escelsitud. Decidió que su amigo Berthier, el intérprete de su voluntad en la guerra, fuese á Viena á pedir la princesa, desplegando allí el lujo mas magnífico, y como segun costumbre monárquica, cuando el príncipe que se casa no va en persona, se nombra un apoderado, debidamente autorizado y que tambien sea príncipe de la sangre, Napoleón eligió á su glorioso adversario, al archiduque Carlos, para que hiciera sus veces en el matrimonio, y se casara en su lugar con la archiduquesa Maria Luisa.

Averiguóse cómo se hicieron los casamientos de Luis XIV, Luis XV, el gran delfin padre de Luis XVI, y en fin, del mismo Luis XVI. El matrimonio de éste último, sobre todo, fué el que se quiso tomar por modelo, aunque el fin cruel de ese príncipe y de su malograda esposa fuese un presagio muy triste; pero lejos de ello, cuanto mas triste era, tanto mas contraste se veia en él en ventaja del presente. Con eso tendria Napoleón

la gloria no solo de haber sacado al trono del seno del martirio para llevarlo al pináculo de la grandeza, sino de haber restaurado hasta su sistema de enlaces. ¡Con eso se mediria su gloria y sus servicios por la diferencia que habia del cadalso á que subiera María Antonieta, al trono esplendente á que debia subir María Luisa!

Se consultó á los señores mas ancianos de la corte antigua, especialmente á Mr. de Dreux-Brezé, maestre de ceremonias que fué, para saber lo que hubo en el matrimonio de María Antonieta, y reproducir exactamente las cosas con solo una variacion, la de desplegar mas magnificencia. Se dejó, por ser cosa de fórmula en el contrato, la mezuquina mencion de una viudedad de algunos centenares de miles de francos en favor de la futura emperatriz, si llegaba á enviudar, y Napoleon hizo se estipulara el pago de una viudedad de cuatro millones. Prepararonse joyas de gran valor, y Napoleon estaba tan impaciente, que calculó la marcha de los correos de modo que llegando á Paris por el telégrafo la noticia del consentimiento, Berthier pudiera ponerse en camino el mismo dia, pedir la princesa el dia que llegara á Viena, celebrar el matrimonio al dia siguiente, y conducir la nueva esposa sin detencion á Paris, para que se consumara el matrimonio á mediados de marzo. El príncipe de Schwarzenberg consintió en todo cuanto se quiso, y espidió su correo al salir de las Tullerías, despues de haberse comprometido á firmar por la archiduquesa María Luisa una copia literal del contrato matrimonial de María Antonieta.

El correo enviado de Paris el 7 de febrero llegó el 14 á Viena, y causó alli la mas viva satisfac-

cion. Vencido en la persona de los Stadion el partido de la guerra, y confundido por el resultado de la última campaña, habia cedido el puesto al partido de la paz, á cuyo frente se hallaba Mr. de Metternich. Dominaba en Viena, tanto en la corte como en la ciudad, la idea de buscar en lo sucesivo reposo, seguridad, el restablecimiento de influencia en la alianza con Francia, la cual debia producir la disolucion de la alianza de esta potencia con Rusia; y por lo mismo tenia que ser bien acogido un resultado que tanto se habia deseado. Mr. de Metternich balló al emperador Francisco perfectamente dispuesto en favor del proyecto de casamiento, como soberano y como padre. Como soberano veia en él una combinacion venturosa para su política, pues quedaba garantida la corona de los Habsburgo, y destruida la union de la Rusia con Francia. Como padre vislumbraba para su hija la suerte mas hermosa que podia imaginarse, y aun le era dado esperar seria feliz, pues Napoleon pasaba por hombre amable y bondadoso en sus relaciones privadas, dejando á un lado cuanto habia en él á propósito para exaltar la imaginacion de una princesa joven. Mr. de Metternich, que habia vivido en Paris en el seno de la familia imperial, podia tranquilizar completamente al emperador Francisco, bajo este último aspecto. Sin embargo, ese monarca queria mucho á su hija, y como no se proponia en manera alguna violentarla, encargó á Mr. de Metternich fuese á hablarle él mismo.

El ministro se trasladó, pues, á la cámara de la archiduquesa María Luisa, para participarle la suerte que le esperaba, si se dignaba aceptarla. La princesa, segun hemos dicho, tenia diez y ocho

años, hermoso talle, salud excelente, rostro fresco como de alemana, esmerada educacion, algun talento, carácter dulce, en fin, las cualidades que son de desear en una madre. Se quedó sorprendida y satisfecha, lejos de asustarse, de tener que ir á esa Francia, donde no hacia mucho que el mónstruo revolucionario devoraba á los reyes, y donde dominando un conquistador á ese mismo mónstruo, hacia temblar á su vez á los reyes. Acogió con la reserva conveniente, pero con notable júbilo, la noticia de la suertè brillante que la ofrecian, y consintió en ser esposa de Napoleon, madre del heredero del imperio mas grande del universo.

Dado el consentimiento, se apresuraron en Viena á disponerlo todo para satisfacer la impaciencia de Napoleon. El contrato matrimonial, firmado en París el 7 de febrero por el príncipe de Schwarzenberg, fué aceptado con la condiccion de que se estendiese con mas amplitud, y que contuviera varias estipulaciones puestas en uso en la casa de Habsburgo. Admitióse la idea de Napoleon de copiar en todo las fórmulas empleadas cuando el casamiento de María Antonicta, escepto, como hemos dicho ya, lo relativo á la magnificencia, que debia ser mucho mayor. La córte de Viena, lo mismo que la de París, se entregó á la alegría de aquella novedad, y al regocijo algo pueril siempre y siempre involuntario, de los preparativos para las fiestas, pues en esas ocasiones se deja el ánimo llevar, confia, se alegra, sin estar bien seguro de que hay motivo para ello, como los niños, solo por la necesidad física de moverse y divertirse. Participando y todo de las miras de Napoleon, y deci-

diéndose, para agradarle, á precipitar las cosas, no se podia caminar tan pronto como él queria, porque para ello hubiera sido preciso omitir una multitud de ceremonias, muy importantes, cuando no era su intento se prescindiese de ellas. El archiduque Carlos fué aceptado por apoderado de Napoleon para casarse con la princesa, y Berthier, como su embajador extraordinario, para pedirla, fijándose el matrimonio para los primeros dias de marzo.

La noticia de la acogida hecha á sus proposiciones encantó á Napoleon y su córte, y tanto el como todos los que le rodeaban se entregaron al placer de las fiestas, de los preparativos y de los pormenores de la etiqueta. El público no tardó en tomar parte, y se asoció á los sentimientos que él experimentaba, pareciendo que se disipaban como por encanto las nubes suscitadas por la última guerra. Renació la esperanza, el entusiasmo; y hasta la nobleza antigua, que se ocupaba en murmurar en el barrio de San German, se conmovió, y otra nueva porcion se mostro dispuesta á entregarse al esposo de una archiduquesa de Austria. Hubo muchos que se pasaron, porque bien podia servirse al que consentia en tomar por yerno la familia reinante mas ilustre del universo, siendo tanto este afán que daba lugar á un nuevo riesgo, el de oscurecer á los grandes recién creados por la revolucion y el imperio.

Napoleon dió pruebas de un tacto exquisito en la eleccion de la servidumbre de la emperatriz, escogiendo para primera dama de honor á la duquesa de Montebello, viuda del mariscal Lannes, muerto en Essling por una bala de cañon austriaca. Todo

el mundo debía aprobar ese acto de gratitud, y la persona elegida, por su conducta, por su distincion, no hereditaria sino personal, merecia desempeñar el alto puesto á que se la destinaba. Mandáronse hacer magníficos preparativos, y Berthier apresuró su marcha, á fin de hallarse á principios de marzo en Viena. La reina de Nápoles dejó á París por su parte con un cortejo brillante, para ir á recibir en Braunau, esto es, en las fronteras de la confederacion del Rhin, á la nueva emperatriz.

Berthier llegó el 4 de marzo de 1810, y al día siguiente, 5, hizo su entrada solemne en Viena, en medio de un concurso nunca visto de magnates y de gente del pueblo. Toda la corte salió á recibirle con los carruages de la corona que debian conducirle á palacio, y el pueblo de Viena en un esceso de gozo, quiso desenganchar los caballos del coche para tirar de él, costando mucho trabajo impedir aquella manifestacion tumultuosa.

El 6 y el 7 pasaron en fiestas, y el 8, siguiendo Berthier los usos de la corte de Austria, y conforme á lo que concedió en el casamiento de Maria Antonieta, hizo la peticion solemne de la mano de la archiduquesa Maria Luisa, peticion á que se siguió el consentimiento dado en la forma mas pomposa. Los días siguientes se consagraron á nuevas formalidades y fiestas, y el 11 se celebró el matrimonio, en medio de un gentio inmenso, con un aparato que sobrepujaba á cuanto hasta allí se habia visto, y una alegría igual á todos los regocijos populares. La archiduquesa, casada por poderes con el archiduque Carlos, fué tratada al instante como emperatriz de los franceses, y aun tuvo la precedencia sobre toda su familia, por un esceso

de cortesania del emperador Francisco y de la emperatriz su segunda esposa.

El 13 era el día designado para la marcha de la emperatriz de los franceses, y el pueblo de Viena la acompañó victoreándola con cariño, inquieto en el postrer momento, pues al separarse de ella, renacia involuntariamente el recuerdo de lo pasado, el recuerdo de la desgraciada Maria Antonieta. Toda la corte fué acompañando á Maria Luisa tambien.

El emperador Francisco, que amaba á su hija, quiso abrazarla otra vez, y partió en secreto para Lintz, con el objeto de sorprenderla allí, y dirigirle el adios postrero.

El 16 de marzo llegó la princesa á Braunau, donde todo estaba preparado como para el casamiento de 1770, objeto de constante imitacion. Se habian formado para recibir á la emperatriz tres pabellones enlazados unos con otros, el primero de los cuales se reputaba como austriaco, el segundo como neutral, y el tercero como francés. La emperatriz fué llevada del pabellon austriaco al neutral por la servidumbre de su padre, y allí confiada al príncipe Berthier, representante del emperador, con el dote, las joyas y el contrato matrimonial, siendo luego introducida en el pabellon francés, donde la reina de Nápoles, hermana de Napoleon, la recibió abrazándola. De Braunau se la llevó á Munich, y de Munich á Strasburgo, victoreándola en todas partes las poblaciones alemanas y francesas que presenciaban el extraño espectáculo de la hija de los Césares yendo á casarse con el soldado afortunado que habia vencido á la revolucion francesa y á la Europa. A la fiebre

de la guerra habia sucedido una fiebre de júbilo y esperanza.

El 23 de marzo entró en Strasburgo la emperatriz María Luisa, acogida por el mismo entusiasmo popular, y continuó su marcha, pasando por Luneville, Nancy y Vitry. En Compiègne debia ver á Napoleon por primera vez rodeado de toda su corte, pero á fin de evitarle el rubor de una entrevista oficial, Napoleon salió de Compiègne con Murat, y fué á sorprenderla en el camino. Arrojóse en sus brazos, y al parecer le gustó la clase de hermosura y de talento que creyó descubrir en ella á primera vista. Una muger de buena constitucion, amable, sencilla, y educada con decoro, era todo lo que deseaba; por manera que parecia se consideraba perfectamente dichoso cuando entró con ella en el palacio real de Compiègne el 27 de marzo por la tarde.

Permanecieron allí hasta el 30, que partió con la nueva emperatriz para Saint-Cloud donde debia celebrarse el matrimonio civil. Las ceremonias empleadas en Viena, con arreglo á lo que sucedia en las cortes antiguas, bastaban para que el matrimonio fuese completo é irrevocable; y su renovacion en Paris era únicamente una fórmula, una solemnidad que se debia á la nacion en que venia á reinar la nueva soberana.

El 1.º de abril, á presencia de toda la corte imperial y en la vasta galeria de Saint-Cloud, se verificó la renovacion del matrimonio civil entre Napoleon y María Luisa, haciendo de ministro el archicanciller Cambaceres. El 2 debia efectuarse en las Tullerías la renovacion del matrimonio religioso para el pueblo de Paris.

Con efecto, el dia 2, precedido Napoleon de su guardia, rodeado de sus mariscales á caballo, y seguido de su familia y de su corte que ocupaban cien carruages magníficos, verificó su entrada en Paris por el arco triunfal de la Estrella. Este monumento cuyos cimientos apenas se habian echado entonces, habia sido figurado poco mas ó menos como existe hoy, y Napoleon pasó por debajo de la bóveda en el coche de la Consagracion (coche con cristales que dejaba verle sentado junto á la nueva emperatriz) recorriendo los Campos Eliseos por entre una doble fila de edificios magníficamente adornados, y un gentío inmenso.

Entró por el jardin en el palacio de las Tullerías, donde se habia escogido para levantar el altar nupcial el salon en que están hoy reunidas las obras artísticas mas bellas, y al cual se llega por una galeria de pinturas, la mas larga y rica que hay en el mundo, y que junta las Tullerías con el Louvre. Toda la poblacion opulenta de Paris suntuosamente prendida habia tomado asiento en dos filas de banquetas á lo largo de aquella galeria. Napoleon llevando de la mano á la emperatriz, y acompañado de su familia, hizo el tránsito á pie, y fué á recibir en el salon, donde estaba preparada una capilla que deslumbraba la vista con el oro y las luces, la bendicion nupcial. Gritos de entusiasmo coronaron el fin de la ceremonia, y aquella noche hubo un banquete de boda en el vasto teatro de las Tullerías, dedicándose los dias siguientes á fiestas elegantes y magníficas.

Todas las clases participaron de aquel júbilo que sucedia á las tétricas impresiones que engendrara la última guerra. Al ver otra vez á Napoleon

omnipotente y dichoso, se olvidó había habido un momento en que faltó poco para que no lo fuese; al verle tan bien casado, creyóse que estaba asegurado definitivamente, y de nuevo se confió en la infinita y eterna grandeza del imperio, como si nunca se hubiera puesto en duda. Con efecto, la victoria de Wagram, aunque no fué igual por la magnitud de los trofeos á las de Austerlitz, Jena y Friedland, siéndolo, no obstante, por el genio desplegado en ella, la victoria de Wagram, decimos, completada por el matrimonio con María Luisa, volvía á colocar á Napoleon en el mas alto grado de poder; y si la prudencia venia á reparar poco á poco la grave falta de la guerra de España, podían realizarse las últimas ilusiones producidas por ese matrimonio. Mas para que así sucediese, era menester variar una cosa que no se cambia como se cambia el destino, era menester variar el carácter de un hombre, y este hombre era Napoleon.

DOCUMENTOS

SOBRE

LA BATALLA DE TALAVERA.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Al verter al castellano los documentos que copia Thiers, como apéndice á este tomo, para probar sus asertos sobre los sucesos que antecedieron y siguieron á la célebre batalla de Talavera, casi nos hemos sentido con intencion de anotarlos y comentarlos, pero desistimos de nuestro propósito por varios motivos. En primer lugar, nos espantamos á repetir lo que ya hemos dicho en las notas del testo, y en segundo, aun cuando así no